

# ¿Estamos todos locos?

A guisa de Mariano Ben Plotkin, *Freud in the Pampas*\*

CLAUDIO E. BENZECRY\*\*

Viviendo en el exterior una pregunta acecha a cuanto porteño confiesa que se analiza de manera sistemática y cotidiana: ¿por qué está tan extendida la práctica psi en Argentina? La pesquisa tiene que ver no sólo con si vamos o no a sentarnos o acostarnos frente a alguien a quien le contamos nuestras intimidades, sino también con cuál es el tipo de conocimiento que allí se produce; qué autoriza a alguien a departir sobre nuestra vida (¿es la experiencia? ¿Es el estudio? ¿Es el vivir una buena vida? ¿Es el conocimiento profundo de la vida de uno?); y porqué ese pensar viene en un paquete que ancla los fenómenos de la superficie con algo más profundo: la manera en que el inconsciente estructura nuestras relaciones. Incluso dentro de mundos académicos como la sociología americana, en la que los marxistas creen que “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” y los bourdianos usan –casi como muletilla– el *habitus*, un concepto que no hace más que significar que hay momentos previos (fundacionales aunque no traumáticos) que estructuran de manera no consciente nuestra interacción futura y el modelo mental y corporal con el que definimos las situaciones, conceptos como trauma, inconsciente, neurosis, histeria, transferencia y resistencia son mirados con sorpresa y sorna.<sup>1</sup>

En lugares donde lo psicodinámico ha sido aplastado con conceptos que apuntan a la transparencia y autoconciencia del *self*, no a la construcción de un sujeto siempre en falta, y donde lo terapéutico y la medicación han derrotado hace rato al análisis, el hecho de que – como describe Plotkin– el entonces jefe del ejército (Balza) hablara acerca del proyecto de reconciliación nacional post Proceso con términos tales como duelo, trauma o inconsciente colectivo aparece como algo inexplicable, cuando no como una payasada. Entonces

\* A propósito de *Freud in the Pampas*, de Mariano Ben Plotkin. Stanford: Stanford University Press, 2001.

\*\* Profesor Asistente, Universidad de Connecticut, Departamento de Sociología.

<sup>1</sup> Para ver la versión cognitivista y behaviorista de Bourdieu propugnada por algunos académicos norteamericanos véase: Omar Lizardo. (2007). «The cognitive origins of Bourdieu's *habitus*.» *Journal for the Theory of Social Behaviour*. 34: 375-401; y DiMaggio, Paul. (1997). “Culture and cognition.” *Annual Review of Sociology*. 23: 263-288. El trabajo de George Steinmetz, por el contrario, apuntar a ver las continuidades entre Bourdieu y Lacan: Steinmetz, George. (2006). Bourdieu's Disavowal of Lacan: Psychoanalytic Theory and the Concepts of “*Habitus*” and “*Symbolic Capital*,” *Constellations*. 13(4): 445-464.

bien, ¿a qué se debe que en un contexto particular haya florecido un cierto tipo de epistemología para pensar la relación entre el individuo y sus experiencias, cuando en otros –aquellos que vieron nacer o difundieron tempranamente muchos de estos conceptos y su aplicación clínica- esta forma de pensar el mundo ha poco menos que desaparecido?

Algunas de las respuestas son obvias para aquellos que han estudiado la temprana modernización cultural argentina: la inmigración europea a los centros urbanos; la alfabetización masiva que resultó en medios de comunicación que se hicieron eco de muchos conocimientos de manera extendida y plebeya; la no-centralidad que permitió una relación excéntrica y menor, en la que el *bricolage* y el eclecticismo conviven, y hasta la relación tensa y paradójica con el peronismo. Aunque esto nos permite poner el psicoanálisis en serie con otros procesos culturales ya explicados (los bibliotecas populares; el nacimiento de la sociología; la expansión del tango y la ópera), no nos permite dar cuenta de su especificidad.

Es por eso que más que una respuesta centrada en el lado de las preferencias o el consumo, el libro en cuestión ensaya un argumento basado en la flexibilidad organizativa y las características del campo en su temprana formación. Es en este argumento donde reside su fuerza explicativa y la mejor lección para un número como éste, donde científicos sociales se preguntan acerca de qué es conocer y de qué modo ciertos conocimientos se constituyen como tales, articulan y difunden.

En la introducción, Plotkin explica que la falta de una escuela nacional en los comienzos (a diferencia, por ejemplo, de Inglaterra, los EEUU, Francia e incluso Brasil) permitió tanto que se siguieran los vaivenes de los debates internacionales como adaptar los diagnósticos a complejos fenómenos locales externos a la práctica (algo que – por ejemplo- se puede ver aún hoy en la tensión entre psicoanálisis y psicofármacos a la hora de diagnosticar y medicar los efectos de la crisis de 2001<sup>2</sup>). Más aún, esto nos permite resolver una de las cuestiones centrales para aquellos que enfocan la sociología del conocimiento en cuestiones organizacionales y de demarcación de fronteras profesionales: ¿si las instituciones constriñen, cómo es posible el cambio frente a transformaciones contextuales?

Esa flexibilidad organizacional explica también porqué el psicoanálisis argentino ha podido eludir el destino edípico que ha enmarcado

<sup>2</sup> Véase el trabajo de Andrew Lakoff. (2006). *Pharmaceutical Reason: Knowledge and Value in Global Psychiatry*. Cambridge: Cambridge University Press. *Apuntes* publicó parte de esta investigación. Véase: “Liquidez Diagnóstica: Enfermedad mental y comercio global de ADN”. *Apuntes de investigación del CECYP*. 11: 31-58.

los debates en los países centrales, en los que los desafíos a la ortodoxia se manifestaron siempre con ímpetu parricida y en los que la resolución fagocitante ha sido –casi inexorablemente– la excomunión y el establecimiento de una nueva ortodoxia. La estabilización de la definición del psicoanálisis ha sido una construcción constante desde que Freud armó una síntesis interdisciplinaria e incluyó –en olas posteriores– las ideas de aquellos (Adler, Jung, Klein, Reich) con los que debatía sin tomar los elementos que pudieran desestabilizar su autoridad. Makari,<sup>3</sup> por ejemplo, muestra como hacia 1920 se había logrado un relativo consenso europeo (que se había comido a algunos como Fleiss<sup>4</sup>), pero que la guerra reabrió muchas de las preguntas que se habían pensado resueltas acerca del análisis como método y de cómo se dirimirían esas disputas: ¿Autoridad carismática? ¿La protección de algunas verdades mínimas? ¿El mito de origen del héroe creador en solitario? ¿Métodos de investigación? Mientras que Londres quedaba dividido entre aquellos que seguían a la “parricida” Klein y los que por el contrario se decidían por la hija de Freud, Anna; los Estados Unidos se repartían entre Jungianos (otro excomulgado) y neo freudianos. En París, la consolidación del lacanismo a principios de los 60 concluía en la expulsión de Lacan de la IPA, la organización que autoriza psicoanalistas a nivel mundial.

A nivel organizacional y doctrinario, este último punto es central. La irrupción lacaniana (que de todos modos se presenta como un retorno a ciertos temas centrales en Freud) fue el equivalente de la Reforma Protestante.<sup>5</sup> Aunque la relación entre Lacan y sus acólitos tiene la misma lógica de dependencia-conflicto-preocupación con el Maestro, el hecho de que el acto que autoriza al analista no sea un certificado institucional (de la IPA en el caso internacional; de la APA en el caso argentino hasta mediados de los ‘80) sino que proviniera del propio analista, hizo de esta versión del psicoanálisis una ortodoxia imposible y fragmentada con pequeñas sectas (en Buenos Aires el lugar central es la EOL pero existen otras, como la Escuela Freudiana, que fundó Oscar Masotta, así como infinidad de pequeños grupos de lectura y supervisión). El énfasis en el lenguaje supone también una intensidad de lectura anclada en pocos textos, y una batalla interpretativa centrada en los seminarios. La auto-autorización supuso un desafío a los estándares de calidad que habían consolidado instituciones locales y globales, y que en el caso argentino había articulado de manera compleja la relación psicoanálisis-psicología-psiquiatría en la certificación del saber hasta finales de los ‘60.

3 Makari, George. (2008). *Revolution in Mind: The Creation of Psychoanalysis*. Londres: Harper.

4 Farrell, Michael. (2003). *Collaborative Circles. Friendship Dynamics and Creative Work*. Chicago: University of Chicago Press. Especialmente el capítulo 5: “Instrumental Intimacy in a collaborative pair: Sigmund Freud and Wilhelm Fleiss.”

5 Turkle, Sherry. (1979). *Psychoanalytic Politics: Freud's French Revolution*. Cambridge: MIT Press.

Psicología, psicoanálisis y psiquiatría se relacionaron en Argentina de manera distinta que en otros contextos donde o bien compitieron o bien se ignoraron. En los EEUU, por ejemplo, mientras que la psicología se convirtió en diversas sub-especialidades que trabajaron de manera experimental, por fuera de la clínica; la psiquiatría se convirtió en la disciplina central para la evaluación y el diagnóstico de pacientes, absorbiendo de a poco al resto del campo psi. Por el contrario, en Argentina, no sólo psiquiatría y psicología compartieron el escenario por muchas décadas, sino que la ausencia de una psicología experimental hizo que psicología y psicoanálisis quedaran emparentados. Plotkin muestra que esto sucedió en tres movimientos, entre principios del siglo XX y la década del '40. En el primero, el psicoanálisis era discutido en círculos médicos; en el segundo, psiquiatras incorporaron esas teorías a su arsenal, mientras una audiencia extendida se apropiaba de conceptos psi para pensar la familia y la sociedad; en el tercero, la psiquiatría y el análisis se convirtieron en campos autónomos, con fronteras extremadamente porosas, una verdadera zona gris.

El psicoanálisis aún no estaba lo suficientemente definido, tanto que en Argentina fue abrazado tanto por conservadores como por progresistas. El advenimiento del peronismo mantuvo a estos campos aglutinados en oposición al gobierno y sus políticas culturales. La primera presidencia de Perón coincidió con el establecimiento de la asociación profesional afiliada a la IPA como garante de la calidad del entrenamiento a los analistas, la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina). Una vez más, a diferencia de otros casos, donde el psicoanálisis era vivido como algo exótico, importado, la ausencia de analistas educados en el extranjero (incluso en casos como los de Garma y Marie Langer, nacidos en España y Alemania respectivamente) redundó en una adopción casi como práctica local.

La APA consolidó su posición como entrenadora de analistas y proveedora de certificados habilitantes, gracias a una política de 1954 del Ministerio de Salud (reafirmada en 1967), que reconoció como analistas habilitados solo a aquellos que poseían título médico. La confluencia de autorizaciones internacionales (la IPA a través de la APA) y nacionales resultó en la pérdida de legitimidad de las carreras de psicología, que producían graduados que no podían ejercer clínicamente a no ser que entrenaran luego con los analistas instructores de la APA. El circuito de reproducción profesional hizo que los psicólogos entrenados por la UBA sólo pudieran ejercer como te-

rapeutas si se subordinaban al control de la APA. Esta circunstancia, y la caída del peronismo, contribuyeron a que la confluencia de los campos psi se desatara y que los psicólogos se definieran en oposición a la psiquiatría tradicional, mientras que algunos analistas nucleados en la APA intentarían una definición distinta de salud mental que incorporara espacios más allá del sillón del analista (tanto los hospitales públicos como, luego, la terapia de grupo). Aún así, psiquiatras y analistas se mantuvieron ligados hasta mediados de los '60 por redes de referencia que recomendaban a los primeros cuando la medicación era condición necesaria para poder producir el análisis, y a los segundos cuando la medicación llegaba a un límite o no obtenía los resultados deseados.

Más que continuar con un sumario que siga el orden cronológico del libro, me interesa concluir señalando dos de las consecuencias de tomar seriamente el análisis organizacional a la hora de pensar la producción de conocimiento que propone Plotkin. Uno, seguir pensando el rol central del peronismo en la producción de una cultura moderna. La comprensión del peronismo como una organización de increíble flexibilidad y diversos grados de formalización aparece en momentos determinados como aquello que aglutina en espejo al campo y permite la convivencia en el bloque liberal anti-peronista de propios y extraños, extendiendo en el tiempo la convivencia y anudamientos de los tres psi; en otros, como lo que empuja a los intelectuales de izquierda a pensar el decenio 45-55 como un producto histórico excepcional, que marca el fin de una cierta idea de sociedad liberal e integrada y fuerza a analizarlo con conceptos psicoanalíticos, extendiendo la utilidad de sus sintagmas al campo periodístico de masas (en este sentido, se parece mucho a la narrativa acerca de lo que funda la carrera de sociología en Argentina). Dos, que su foco en autorizaciones y certificaciones, y la historia institucional, nos provee de mecanismos con los cuales comparar este caso a otros (algo fundamental para la empresa sociológica y para cualquier pretensión de causalidad), así como para anclar las ideas difusas de otros textos en los que el país en general (y Buenos Aires en particular) aparecen como una máquina de traducción periférica. A esta altura, es un lugar común adoptar la mirada menor y borgeana que hace de la cultura nacional una lectura excéntrica de los productos de occidente todo. Lo importante –como hace este libro– es especificar cómo esto sucede.